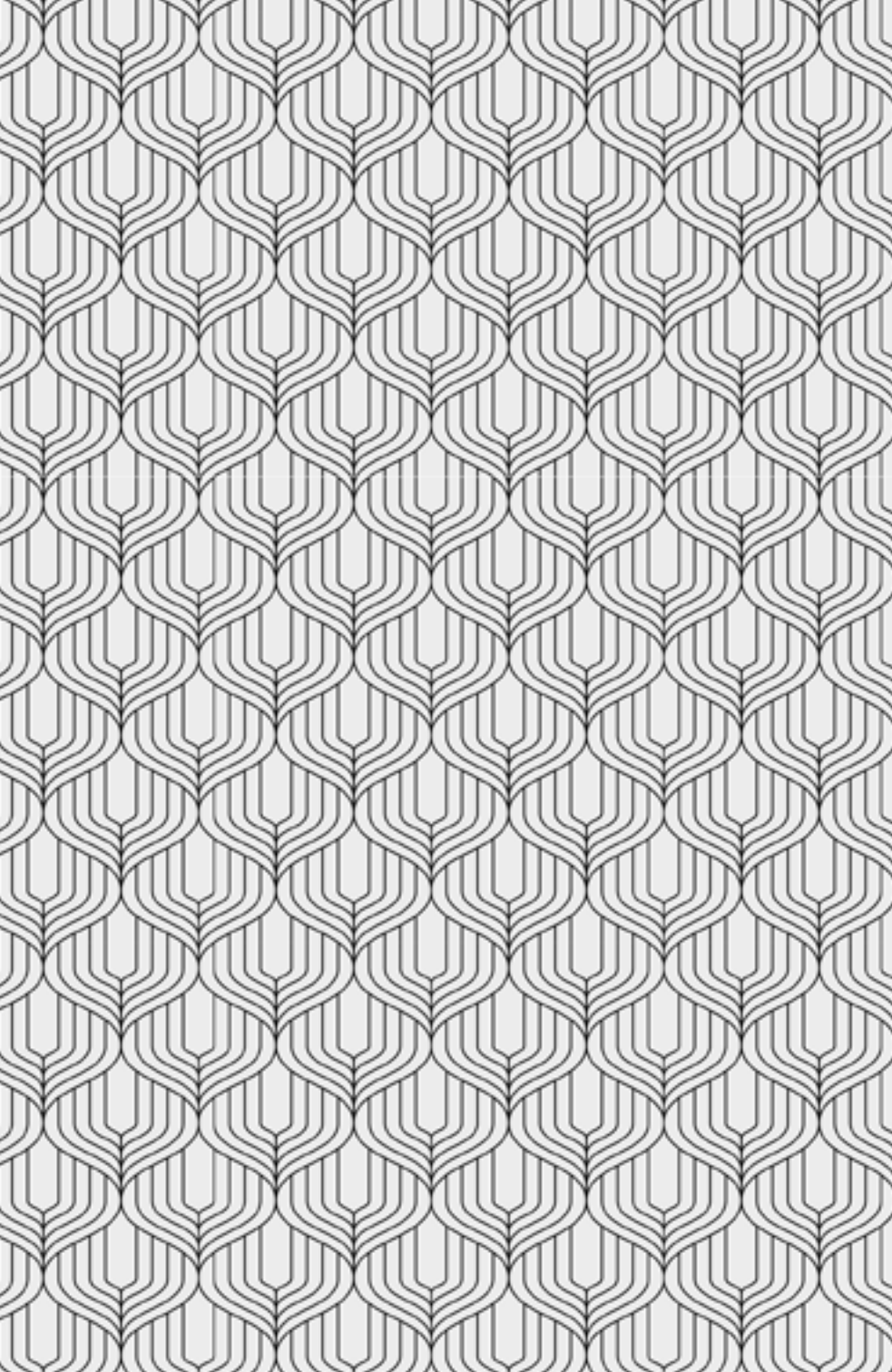




MARTINEZ





**La
insurrección
en Dublín**

James
Stephens

Stephens, James La insurrección en Dublín / James
Stephens. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
EGodot Argentina, 2016. 128 p. ; 13 x 20 cm. -
Traducción de: Matías Battistón. ISBN 978-987-4086-09-9
1. Historia. 2. Revoluciones. I. Battistón, Matías, trad. II.
Título. CDD 909



Este libro fue publicado con el apoyo
de Literature Ireland.



This translation was supported by Culture Ireland as part
of the Ireland 2016 Centenary Programme.

La insurrección de Dublín / James Stephens
Traducción / Matías Battistón
Corrección / Gimena Riveros
Diseño de tapa e interiores / Víctor Malumián
Ilustración de James Stephens / Juan Pablo Martínez

Ediciones Godot ©

www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
Buenos Aires, Argentina, 2016
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Impreso en Color Efe, Paso 192,
Capital Federal, República Argentina,
en Septiembre de 2016

Un diario al margen de la revolución

|

La escena es famosa y confusa. El historiador irlandés Fearghal McGarry la reconstruye así: al mediodía del 24 de abril de 1916, lunes de pascua, treinta miembros del Ejército Ciudadano Irlandés se dirigen al Castillo de Dublín, el complejo de edificios donde late el centro administrativo y simbólico del gobierno británico. Están pertrechados con revólveres, rifles, escopetas. Alguna que otra pista les indica que la gente en la calle no los termina de tomar en serio. “Tira corchos”, les gritan cada tanto.

Cuando llegan a la entrada al castillo, la reacción de James O’Brien, oficial veterano de la fuerza metropolitana de policía, no es muy distinta. Desarmado, solo, imparable, O’Brien extiende el brazo para bloquearles el ingreso. Es ahí cuando

Seán Connolly –conocido actor amateur, joven padre de familia, empleado público a la vuelta de la esquina del Castillo, en el City Hall– levanta su rifle y le descerraja un tiro en la cabeza. O’Brien, la primera víctima del levantamiento, sigue de pie por algunos segundos antes de desplomarse al suelo.

Los demás rebeldes, azorados, vacilan y entran corriendo al patio del predio. A los tiros, revientan los vidrios de una sala cercana –donde seis guardias rodeaban tranquilos una cacerola de guiso lento–, arrojan una bomba casera que al final nunca estalla, y no tardan en reducir a los soldados y maniatarlos con sus propias polainas reglamentarias.

A pocos metros de distancia, Ivon Price, jefe de inteligencia del ejército británico, está reunido con el Subsecretario de Irlanda, Sir Matthew Nathan, y el Secretario de la Oficina de Correos, Arthur Norway, para discutir el desarme y la supresión del Ejército Voluntario Irlandés, aparentemente al borde de la sublevación. “¡Ya empezaron!”, advierte Price de inmediato al oír los disparos. Sin pensárselo dos veces, saca su revólver y se abalanza al patio central del predio, donde comienza a tirar contra los intrusos. Lo más probable es que Price fuera el único oficial armado de todo el complejo.

Hasta el día de hoy, nadie sabe muy bien cómo es posible que los rebeldes no hayan podido tomar el Castillo. “No podría haberles resultado más fácil”, comentaría Price más tarde. El periódico *The Irish Times* atribuyó el hecho a los reflejos rápidos de uno de los guardias, que habría logrado cerrar el portón justo a tiempo. Un empleado postal

que vio lo sucedido afirmó que los rebeldes parecían haberse asustado por un portazo, que confundieron con un disparo. Helena Molony, una de las dos mujeres que participaron del asedio, admitió que muchos de los hombres ni siquiera se decidían a entrar. Característicamente, estaban más seguros de la importancia de lo que hacían que de lo que estaban haciendo.

Podría decirse que, de algún modo, la confusión, la violencia y la falta de previsión de ese primer ataque encapsulan todo el alzamiento. En retrospectiva, la morosidad del gobierno británico para poner fin a las actividades de los Voluntarios Irlandeses parece igual de incomprensible que la vacilación de los Voluntarios en el Castillo. “Que las autoridades permitieran que un grupo de revoltosos sin respeto por la ley fueran entrenados y armados abiertamente, y se equipararan con un arsenal de rifles y explosivos, es una de las cosas más asombrosas –declaró William Martin Murphy ante la Comisión Real, encargada de investigar la revuelta– que podrían suceder en un país civilizado fuera de México”.

Cerca de una hora después de ultimar a O’Brien, el mismo Seán Connolly pasó a ser, en un acto de simetría casi burda, la primera víctima rebelde, cuando lo alcanzó un francotirador británico en el techo del City Hall. Para entonces, varios edificios clave de Dublín ya habían sido tomados, y el levantamiento quizá más decisivo de la historia de Irlanda se iba imponiendo, ante un pueblo incrédulo, como una realidad.

Si incluso algunos de los líderes del levantamiento, como The O’Rahilly, se enteraron casi sobre la hora de que la rebelión iba a llevarse a cabo, no es del todo extraño que James Stephens, poeta, novelista y empleado público, ni siquiera lo sospechara. En el trayecto entre su casa en Fitzwilliam Place y su oficina en la Galería Nacional de Irlanda, en lo que para él era hasta entonces un día como cualquier otro, Stephens pasa por uno de los focos principales de resistencia rebelde, St. Stephen’s Green Park (el “Green”), y descubre, casualmente, que la ciudad se alzó en armas.

Ajeno a las dos coordenadas típicas del relato testimonial (estar en el lugar indicado en el momento justo, estar en el peor momento en el lugar equivocado), *La insurrección en Dublín* es un diario en primera persona que refleja cómo vivió el Alzamiento de Pascua la mayor parte de los dublineses en el centro de la ciudad: sumidos en un total desconocimiento de lo que realmente sucedía.

Declarado el estado de sitio, sin periódicos, sin medios de comunicación, la gente queda librada a sus propios recursos para conseguir el más mínimo dato que le permita interpretar el caos que la rodea. (“La barbarie es mayormente la ausencia de noticias”, observa Stephens al quinto día). La noticia es reemplazada por el rumor. Y el diario documenta, entonces, no lo que pasa, sino lo que se dice que está pasando. Vagos, muchas veces contradictorios, los rumores trazan en este libro una especie de línea

paralela a la historia oficial, un compendio de versiones que forman un extraño poliedro de verdades a medias, esperanzas y temores. Es una muestra ejemplar de rumorología. Stephens por momentos genera la impresión de que para ser un cronista brillante solo se necesita no estar bien informado.

Las escenas que describe, a menudo fragmentarias, minúsculas, siempre dejan entrever un drama oculto o una arista cómica inesperada en medio de la balacera. Paula Meehan publicó hace algunos años un poema titulado “Them Ducks Died for Ireland” [Esos patos murieron por Irlanda], en el que, basándose en la documentación oficial del parque, habla de las aves que murieron en St. Stephen’s Green por el fuego cruzado durante el levantamiento. Como en el caso de esas anátidas víctimas de la independencia, James Stephens comenta, por ejemplo, la suerte de los caballos del ejército inglés, vapuleados o degollados por los rebeldes, pero acariciados y protegidos con palos y piedras por las vecinas del barrio.

Este tipo de pormenor microhistórico convive con otros de carácter anecdótico o infraordinario, a veces de orden personal. Stephens no se limita a decir que hubo saqueos: precisa que los saqueadores preferían las tiendas de golosinas. No se limita a indicar que el levantamiento lo toma desprevenido: añade que justo entonces estaba pensando en aprender a tocar el dulcémele.

Es difícil pasar por alto su ambivalencia ante la revuelta. Nacionalista militante, Stephens siempre tuvo la mayor de las admiraciones por el coraje militar –de hecho, lo único que impidió que se uniera al

ejército en su juventud fue su altura: medía un metro cuarenta y siete descalzo, exactamente lo mismo que la Lolita de Nabokov—, pero la violencia, en la práctica, más allá del gusto por la acidez verbal, no lo atrae. En varias partes del diario nota la fascinante reticencia de la gente en la ciudad a declararse a favor o en contra de los Voluntarios. Durante la semana entera, sin embargo, él se guarda su opinión con idéntico cuidado y de un modo igual de fascinante.

En el epílogo al diario, escrito poco después del Alzamiento, Stephens intenta explicar sus causas y posibles consecuencias, separando con admirable lucidez las hipótesis simples, lógicas y convincentes de las que son, por el contrario, sencillamente ciertas. Es un momento bisagra, tenso, en el que la opinión pública está a punto de dar un vuelco decisivo. La ejecución de los líderes rebeldes por parte de Gran Bretaña, unida a su burda seguidilla de arrestos masivos y condenas en teoría ejemplares, terminará ganándose la indignación de Irlanda y transformando a los líderes en mártires.

Ya Patrick Pearse (quien posiblemente no haya disparado un solo tiro en todo el levantamiento) había escrito en “La revolución que se avecina”, un artículo publicado en 1913, que “el derramamiento de sangre es algo que purifica y sacraliza”. El lector atento notará que en ningún lugar dice que esa sangre necesariamente sea la ajena.

MATÍAS BATTISTÓN

La insurrección en Dublín
James Stephens

Prólogo

EL DÍA PREVIO AL alzamiento fue Domingo de Pascua, y en las iglesias gritaban con alegría: “¡Se ha alzado Jesucristo!”. Al día siguiente, en las calles decían: “¡Se ha alzado Irlanda!”. El momento era propicio. Los augurios se mostraban favorables y, más allá de todo lo que ha sucedido, no creo que Irlanda caiga de nuevo, ni que vuelvan a enterrarla. Las siguientes páginas fueron escritas día a día durante el alzamiento que siguió a Semana Santa y, como se trata de una serie de impresiones apresuradas de un momento muy particular, el autor ha decidido publicarlas sin ninguna rectificación.

Los pocos capítulos que componen este libro no constituyen una historia del alzamiento. Yo no sabía nada sobre el alzamiento. No sé nada sobre el alzamiento ahora tampoco, y es posible que pasen años antes de que haya información precisa sobre el tema. Lo que he escrito es apenas una descripción de lo sucedido en un barrio de nuestra ciudad, y una recopilación de los rumores y tensiones que, durante casi dos semanas, los habitantes de Dublín

debieron resignarse a consumir en lugar de noticias. Muchos dublínenses debieron resignarse a consumir eso en lugar de pan.

Hoy, 8 de mayo, el libro está terminado, y el alzamiento, en lo que concierne directamente a Irlanda, ha llegado a su fin. Ahora le corresponde actuar a Inglaterra, y de ella depende que el alzamiento irlandés se termine para siempre o meramente se suprima por ahora. Al tratar con nuestro país, los funcionarios ingleses casi nunca han dado muestras de imaginación política: a veces han sido justos y otras, con demasiada frecuencia, injustos. Después de cierto punto la justicia me provoca rechazo y desprecio. Es un atributo de Dios, y solo Él la administra como corresponde; entre los hombres, en cambio, la única ética que puede dar resultado es la ética de la amabilidad. No tengo la menor esperanza de que esta ética pueda reemplazar a la justicia; simplemente la menciono para que la gente que lea estas palabras se ría un poco, algo que les será necesario para poder digerirlas.

Tengo fe en el hombre, y muy poca fe en el hombre de Estado. Pero creo que el mundo avanza, y que este pesado planeta, con el correr de sus rotaciones, traerá la libertad a Irlanda. Es más, considero que esta fecha marca el primer día de libertad irlandesa, y saber esto me impide lamentar en exceso la muerte de mis amigos.

Tal vez no valga la pena mencionarlo, pero lo cierto es que Irlanda no se siente intimidada. Sí un poco alborotada. Un poco alegre. No apoyó la revolución, pero lo hará en los próximos meses, y su

corazón, hasta hace poco a punto de marchitarse, revivirá al saber que hubo hombres dispuestos a morir por ella. El país va a hacer lo que haga falta para ponerse a la altura de tal devoción, devoción que no le fallará nunca. Con tan poco nos basta para recobrar el ánimo y el entusiasmo.

¿Sirve de algo describirles estas cosas a los lectores ingleses? Nunca han hecho más que impacientarlos; sin embargo, hoy por hoy, en medio de esta coyuntura desesperada, tal vez no resulten tan inútiles como de costumbre. Inglaterra también se ha vuelto más patriótica, incluso por necesidad. Solo la necesidad puede forjar patriotas, ya que en tiempos de paz un patriota es un farsante, cuando no un estafador. El idealismo es redituable en tiempos de paz y muere en tiempos de guerra. Nuestros idealistas han muerto, y los suyos están muriendo a cada hora.

Es posible que hoy por hoy la mente inglesa sea capaz de entender cuál es nuestro problema, y por qué desde hace siglos estamos “desconsolados”¹. Que nos vean a través del humo, no aquel que todavía envuelve los escombros en nuestras calles, sino el que ahora recorre desde el Mar del Norte hasta

1. Alusión a “The Wearing of the Green”, balada popular sobre la represión que sufrieron los simpatizantes de la Rebelión Irlandesa de 1798: “I met with Napper Tandy, and he took me by the hand, / And he says: ‘How is Poor Ould Ireland, and does she stand?’ / She’s the most distressed Country that ever I have seen / For they are hanging men and women for the Wearing of the Green” (Me encontré con Napper Tandy, y me tomó de la mano / Y me dijo: “¿Cómo está la pobre y vieja Irlanda, cómo se encuentra?” / Es el país más desconsolado que se haya visto / Pues ahí cuelgan a hombres y mujeres por usar el color verde). [N. del T.]

Suiza, y que descubran en carne propia la razón de todos nuestros alzamientos, este incluido.

¿Está mal decir que Inglaterra no tiene un solo amigo en toda Europa? Yo lo digo. Sus aliados de hoy son sus enemigos de ayer, y solo la política decidirá qué serán mañana. Yo lo digo, y sin embargo no es del todo cierto, pues Inglaterra tiene una amiga en potencia, a menos que decida que tener incluso un solo amigo es excesivo y molesto. Esa amiga en potencia es Irlanda. Yo digo, y con certeza, que si se resuelven nuestras cuestiones nacionales, ya no habrá motivo que justifique el incordio entre ambos países, y quedarán muchos que justifiquen su amistad.

Podría objetarse que la amistad de un país como Irlanda tiene poco peso, que es un territorio demasiado insignificante geográficamente, y muy poco poblado como para socorrer a nadie. Pero hace apenas sesenta y tantos años teníamos casi diez millones de habitantes, y por ahora tampoco nos hemos vuelto estériles; puede que en superficie Irlanda no sea colosal, pero tampoco es microscópica. Bernard Shaw se ha referido a ella como “una huertita de repollos en medio de la nada”. Con ese criterio, podría decirse que Roma era un gallinero, y Grecia el patio del fondo. El hecho innegable es que Irlanda tiene una superficie geográfica superior a la de muchos reinos europeos independientes y prósperos, es una nación relativamente grande en términos de necesidades humanas y sociales, y, como si eso fuera poco, es bella y fértil. Con algo de buena voluntad y confianza, es posible que valga la pena conocerla.

Creo que una vez terminada la Gran Guerra, ya ninguna nación podrá detentar o aspirar a aquello que se conoce como “el dominio de los mares”, y para Inglaterra será más urgente que nunca contar con un amigo. Es cierto que podríamos ser sus enemigos y perjudicarla un poco; es aún más cierto que podríamos ser sus amigos, y ayudarla mucho.

Si el estadista inglés decide que nuestra amistad vale la pena, entonces que cultive un poco esa imaginación política de la que hablábamos antes. Que nos dé lo necesario para ser libres –esa es una deuda de Inglaterra hacia Irlanda–, y que no lo haga como esos amarretes que, cuando alguna mujer en su familia queda en la ruina, apenas si se dignan a pagarle una pensión de mala muerte, sino como el magnate que se asegura de que su hijo pueda abrirse paso en el mundo. Me temo que quizá le esté dando a mi lector demasiadas razones para reírse, pero la risa es el único exceso saludable.

Si la libertad ha de llegar a Irlanda –como creo que es el caso–, entonces el Alzamiento de Pascua era inevitable. Hablo como irlandés, y por el momento estoy haciendo a un lado cualquier otro tipo de consideración. Si después de tantos esfuerzos la libertad le hubiese sido concedida como un regalo, como un presente inofensivo, como esas chucherías que a veces nos dan en oferta por la compra de medio kilo de té, Irlanda habría aceptado ese regalo con vergüenza, y habría sentido que todos sus siglos de rebeldía terminaban en algo muy cercano al ridículo. Una consumación así tenía que santificarse con la sangre de hombres

valientes, para que la imaginación del pueblo tomara conciencia de esa tarea espantosa que es organizar la libertad; hacía años que la imaginación y la inteligencia de Irlanda se habían sumido en un largo letargo. Aquí la docilidad habría dejado entrever, o al menos temer, un futuro fracaso; hacía falta una guerra (llamémosla así, por el bien de nuestro orgullo) para que Irlanda pudiera recibir dignamente su herencia debida. Podríamos haber alcanzado la libertad a hurtadillas, como una especie de pueblo domesticado, mientras que ahora se nos puede conceder el derecho de marchar hacia ella con el honor de la guerra. Sigo apelando a la imaginación política, pues si Inglaterra condesciende a pactar formalmente la paz con Irlanda, esta será una paz duradera, eterna; pero si nos ofrecen una libertad condicionada, desconfiada y mezquina, entonces no pretenderán que, además de aceptarla, se la agradezcamos.

En las páginas anteriores hay una alusión a una carta que envié a George Bernard Shaw y que se publicó en *The New Age*. La escribí sin pensar, y los sucesos posteriores han demostrado que fue insensata y ridícula. Más tarde, gracias a la hospitalidad de esa misma revista, le pedí disculpas a Shaw, pero he preferido dejar tal cual mi alusión al tema, como muestra de que el ambiente ya estaba caldeado. Cada una de las cosas que dije sobre él en esa carta y en este libro resultó ser falsa, pues más tarde, cuando lo más conveniente políticamente habría sido salir corriendo a esconderse, él vino corriendo a poner el pecho, y habló a la vista de todos, expuesto, como

el valiente pensador y el gran irlandés que siempre ha sido.

* * *

Desde que escribí lo anterior, en este país han sucedido varias cosas. La situación ya no es la misma. Los rebeldes han sido ejecutados. No sería justo despotricar contra las medidas adoptadas por el tribunal militar, pero teniendo en cuenta los intereses de ambos países, uno bien puede considerarlas deplorables. He dicho que Irlanda no guardaba ningún rencor, y era cierto cuando lo escribí. Ya no lo es. Pero todavía es posible que una política de Estado generosa permita sobreponernos a todo esto, y cementar una verdadera unión entre Irlanda e Inglaterra.

CAPÍTULO I

LUNES

ESTO HA TOMADO A todos por sorpresa. Es posible que, exceptuando a sus líderes, incluso haya tomado por sorpresa a los mismos Voluntarios Irlandeses. Hoy, nuestra apacible ciudad ya no conoce la paz: se oyen disparos, o ráfagas y estallidos, que provienen de distintas direcciones, y también, aunque muy cada tanto, se oye cómo retumban las ametralladoras.

Dos días atrás, la guerra parecía muy lejana. Tan lejana, de hecho, que yo había tomado la firme decisión de aprender a leer música. Tom Bodkin había prometido regalarme un instrumento musical llamado “dulcémele”. Sigo pensando que se trata de una especie de guitarra, aunque me aseguran que consiste en una serie de placas de metal diminutas que uno toca con baquetas, y confieso que esta descripción de su funcionamiento me predispone

bastante en contra del aparato. No hay ninguna razón para ver con suspicacia un instrumento así, pero no me atrae demasiado la idea de hacer música con un palito. Con este dulcémele voy a poder tocar melodías irlandesas cuando esté fuera del país, y transportarme de nuevo a Irlanda durante unos pocos minutos, o unos pocos compases.

Para prepararme, me había pasado todo el sábado y el domingo aprendiendo las notas de la escala. Las notas y los espacios en las líneas del pentagrama no me costaban demasiado, pero cuando se encontraban por encima o por debajo de las líneas el asunto me parecía tan intrincado y complejo que me espantaba.

El sábado recibí *The Irish Times*, donde encontré un largo artículo de Bernard Shaw (publicado primero en *The New York Times*). Uno lee cosas escritas por Bernard Shaw. No sé exactamente por qué lo hacemos, salvo que se trata de un hábito adquirido hace años; leemos un artículo de Shaw del mismo modo que nos ponemos las botas por la mañana, es decir, sin pensarlo, y sin esperar ningún tipo de recompensa a cambio.

Su artículo me sacó de quicio. Se titulaba “Disparates irlandeses que circulan en Irlanda”². Estaba escrito (como casi todos sus textos periódicos) con esa bonhomía que ha cultivado –una afectación suya– y que es esencialmente hipócrita y falsa. ¡Bonhomía! Esa actitud de hombre de mundo,

2. “Irish Nonsense Talked in Ireland”, *The New York Times*, 9 de abril de 1916, recopilado póstumamente en *The Matter with Ireland*, London, Rupert Hard-Davis, 1962, pp. 99-107. [N. del T.].

esa actitud que parece decir: “Entre nos... porque, ¿acaso no somos pares, no somos cultos?” es lo que caracteriza el tono del tahúr y el estafador. Ese era el tono del artículo de Shaw. Le escribí una carta abierta y la envié al *New Age*, porque dudaba que los periódicos dublinese fueran a publicarla, y sabía que los irlandeses que leen los otros periódicos nunca han oído hablar de Shaw, salvo como nombre de una excelente marca de panceta de Limerick, y no sentirían el menor interés en leer las opiniones de alguien llamado así sobre ningún tema que no estuviera relacionado con ese corte porcino. Taché de mi carta muchas de las frases más agresivas, con la ilusión de que me respondiera para poder enviarle esas acideces en una segunda carta.

Eso fue el sábado.

El domingo tuve que ir a mi oficina, porque el director estaba de viaje en Londres, y ahí me dediqué a estudiar las notas y los espacios que van debajo del pentagrama, pero abandoné el intento, convencido de que aquellos misterios eran inaccesibles para el ser humano, recordando sombríamente que por encima del pentagrama había otras notas y otros espacios de no menor complejidad.

Volví a casa, y como las novelas ya no me interesan (quizá esto solo sea mientras dure la guerra), me quedé leyendo un rato largo *La doctrina secreta*, de Madame Blavatsky, libro que me despierta un profundo interés. George Russell no estaba en la ciudad, de lo contrario habría pasado por su casa por la noche para comentarle lo que pensaba de Shaw y para escuchar su opinión, siempre mucho

más interesante que la mía, tanto sobre este tema como sobre cualquier otro. Me fui a dormir.

A la mañana siguiente, me desperté en plena insurrección, en plena guerra sangrienta, aunque todavía ni lo sospechaba. Era feriado, pero los oficios como el mío no conocen feriado alguno, así que fui a la oficina a la hora de siempre y, después de haber cumplido con todas las tareas necesarias, me encorvé a estudiar las notas por encima y por debajo del pentagrama, y me maravillé una vez más ante el ingenio de la raza humana. En el edificio reinaba la paz, y si alguno de los empleados se había enterado o había oído algún rumor de la guerra, a mí no me dijo nada.

A la una en punto salí a almorzar. Pasando la esquina de Merrion Row vi dos grupitos de personas. Estaban mirado fijo hacia St. Stephen's Green Park, y cada tanto comentaban algo con esa confianza distante que adopta la gente al hablar con desconocidos. Yo no me les acerqué, pero me puse a mirar en la misma dirección. Lo único que vi fue la calle en sí, estrecha primero y más ancha después, en el tramo que se va acercando al parque. Algunas personas parecían ligeramente indecisas, y todas miraban hacia el mismo lugar. Al darles la espalda para enfilar a casa, sentí un silencio cargado de expectativa y emoción. En el camino noté que había mucha gente callada en los umbrales de sus casas, algo inusual en Dublín salvo en las bocacalles. La mirada del dublinés por lo general transmite cierto reproche hacia nuestra apariencia personal, y algo de hostilidad hacia el transeúnte. En cambio, la de cada una de las personas que vi al

pasar era una mirada fija, inquisitiva en vez de crítica. Me sentí vagamente perturbado, pero me abstraí sumiéndome en una meditación que me había comprometido a retomar todos los días, y seguí de largo hacia mi casa.

Ahí me contaron que se habían sentido muchos disparos de rifle durante toda la mañana, y dedujimos que los reclutas del Ejército o algún destacamento de los Voluntarios estarían practicando por la zona. Volví a la oficina por donde había venido. En la esquina de Merrion Row encontré los mismos grupos de gente callada, todavía mirando en dirección al parque, y cada tanto hablando entre sí con la distante confianza que se muestran los desconocidos. De repente, y dejándome llevar por la situación, le dirigí la palabra a uno de estos espectadores silenciosos.

—¿Hubo un accidente? —le dije.

Señalé a las personas que estaban paradas en el lugar.

—¿Por qué tanto alboroto? —agregué.

Era un hombre adormilado y rústico de unos cuarenta años, con un bigote burdo y pelirrojo y esa mirada perdida en la lejanía que suelen tener los marineros. Me miró como si yo fuera de otro país. De a poco fue despabilando.

—Pero... ¿no se enteró? —me dijo.

Y entonces vio que yo no me había enterado.

—Los de Sinn Féin tomaron la ciudad esta mañana.

—¡Ah! —dije.

Siguió hablando con la seriedad brutal de

alguien que se asombra de lo que está contando:

–Tomaron la ciudad a las once de la mañana. Hay cualquier cantidad de ellos en el Green. Coparon el castillo. Coparon la oficina de correos.

–¡Dios mío! –dije, mirándolo fijo, y de inmediato di media vuelta y me puse a correr hacia el Green.

A los pocos segundos traté de tranquilizarme y empecé a caminar. Cuando me acerqué al Green comenzaron a sonar los rifles. Cada disparo era como un latigazo. El sonido provenía del otro lado del parque. Vi que el portón de rejas estaba cerrado, y que adentro había hombres parados con armas al hombro. Pasé por delante de una casa, cuyas ventanas habían sido rotas desde afuera. Mientras yo seguía mi camino, un hombre vestido de civil entró furtivamente al parque; el portón se cerró enseguida a sus espaldas. Ahí echó a correr hacia mí, y me detuve. Llevaba dos paquetitos en la mano. Me pasó por al lado a toda velocidad, metió una pierna por la ventana rota de la casa que ahora estaba detrás de mí, y desapareció. Casi de inmediato, otro hombre vestido de civil salió de la ventana rota de otra casa. También llevaba algo (no sé qué) en la mano. Fue corriendo con urgencia hacia la reja, que se abrió para dejarlo pasar antes de cerrarse de nuevo.

En medio de esta parte del parque habían improvisado una barricada con carretas y automóviles. Todavía estaba llena de agujeros. Detrás había un tranvía detenido, uno de los varios que podían verse por todo el parque, abandonados, vacíos.

Llegué a la barricada. Al alcanzarla y quedarme ahí parado, justo delante del Shelbourne Hotel, se oyó un grito fuerte que provenía del parque. Se abrieron las rejas y tres hombres salieron corriendo. Dos llevaban rifles con bayonetas. El tercero empuñaba un revólver pesado. Fueron corriendo hacia un automóvil que acababa de doblar en la esquina y le ordenaron detenerse. Los de las bayonetas se apostaron de inmediato a ambos lados del coche. El del revólver hizo un saludo marcial, y lo oí disculparse con los ocupantes del vehículo antes de pedirles que se apearan. Se bajaron un hombre y una mujer. El hombre les volvió a dirigir un saludo y les pidió que fueran a la vereda. Eso hicieron³.

El hombre cruzó y se me quedó parado al lado. Era muy alto y delgado, de mediana edad, con el rostro afeitado y consumido.

–Quiero llegar a Armagh hoy –dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

La piel suelta y azulada debajo de sus ojos se contraía espasmódicamente. Los Voluntarios le indicaron al chofer que condujera hasta la barricada y estacionara el auto en un lugar específico. Lo hizo con torpeza, y después de tres intentos logró dejarlos contentos. Era un hombre grandote, de rostro cetrino, con las rodillas demasiado altas para el asiento del coche: se sacudían rápida e insistentemente, como movidas por un resorte gigante. Su expresión era la de un hombre que está tranquilo y

3. Mientras escribo estas palabras, se oyen disparos de rifle desde tres direcciones distintas, de forma continua. Hace tres minutos se oyeron dos descargas de cañones pesados. Son los primeros cañones pesados que se usan en la Insurrección. 25 de abril. [N. del A.].

tiene todo bajo control, aunque en su caso no las piernas. Estacionó en la barricada y luego, acostumbrado a recibir órdenes, esperó a que le indicaran bajarse. Cuando se lo indicaron, fue caminando derecho hacia su patrón, con la misma expresión solemne e imperturbable. Estos dos hombres no intercambiaron ni una sola palabra, pero sus ojos hundidos e inexpresivos delataban su asombro, su miedo y su furia. Entraron al hotel.

Le hablé al hombre del revólver. Era apenas un muchacho, de no más de veinte años, baja estatura, pelo muy rojo y crespo y ojos azules. Parecía un chico amable. Se le había aflojado la correa del sombrero en un costado, y, salvo cuando la sujetaba con los dientes, le colgaba flameando cerca del mentón. Tenía la cara quemada por el sol y sucia de sudor y polvo.

Este muchacho, me pareció, no actuaba guiado por su razón. Estaba haciendo su trabajo a fuerza de una voluntad implantada en su imaginación días o quizá semanas atrás. Su mente estaba... ¿dónde? Porque en su cuerpo, seguro que no. Además, continuamente lanzaba miradas inquisitivas y desesperadas, buscando recovecos, escudriñando al pasar las nubes, las calles de la ciudad, buscando algo que no lo oprimiera, desviando la atención por un instante de las urgencias y los rigores grabados en ese espacio que antes había ocupado su mente.

Cuando le hablé me miró, y sé que tardó algunos segundos en verme realmente. Le dije:

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué pasó?

Me respondió en un tono bastante tranquilo,

pero con la misma mirada perdida, los mismos ojos nublados:

–Tomamos la ciudad. Creemos que el ejército va a atacarnos en cualquier momento, y esa gente –señaló los varios focos de hombres, mujeres y niños que se habían enjambrado cerca del límite del parque– no me escucha cuando le digo que se vaya a su casa. Tenemos la oficina de correos, y los ferrocarriles, y el castillo. Tenemos la ciudad entera. Tenemos todo.

Unos hombres y dos mujeres se me acercaron por detrás para escuchar.

–Esta mañana –agregó– se nos vino encima la policía. Un oficial se me acercó corriendo para sacarme el revólver. Le disparé, pero en vez de darle a él, le di a...

–Ya hablaste demasiado –le dijo una voz al muchacho.

Me alejé unos pasos y, cuando eché un vistazo por encima del hombro, noté que todavía me estaba mirando, pero sé que no me veía realmente: veía el caos, y la sangre, y las figuras que se le venían encima corriendo y se alejaban corriendo de él: un mundo en movimiento, con él en el medio, anonadado.

Los hombres que lo acompañaban no emitieron sonido alguno. Eran mayores que él, los dos. De hecho, uno de ellos, un tipo petiso y robusto, tenía un tupido bigote canoso. Mantenía bastante bien la compostura, y no le prestaba la menor atención ni a las nubes ni a los posibles recovecos. Cuando vio que un hombre con galochas apoyó la mano en una motocicleta de la barricada, le ordenó de inmediato:

—¡Deje eso tranquilo!

Como el motociclista no sacó la mano automáticamente, el hombre del bigote canoso tomó su arma con las dos manos y echó a correr con ferocidad hacia él. Corrió en línea recta, de frente, hasta que ambos quedaron cuerpo a cuerpo y, como él era petiso y el motociclista era muy alto, levantó la vista para mirarlo fijo a los ojos. Entonces le rugió en la cara con un vozarrón importante:

—¿Está sordo? ¿Está sordo? ¡Atrás!

El motociclista se apartó y el hombre lo siguió con la mirada, una mirada tan firme y salvaje como la punta de la bayoneta que sostenía a igual altura.

Otro automóvil dobló en la esquina con Ely Place en dirección al parque, y empezó a cimbrear al ver la barricada. Los tres hombres que habían vuelto a la entrada del Green rugieron:

—¡Alto!

El conductor, sin embargo, intentó pegar un volantazo. Varias voces gritaron al unísono, y los tres hombres corrieron hacia el coche.

—¡Diríjalo a la barricada! —le ordenaron.

El conductor giró el volante unos grados de más, tratando de escapar, y de inmediato uno de los hombres enterró su arma en la rueda y reventó el neumático. Hubo un breve intercambio de palabras, y luego alguien gritó:

—¡Llévelo al borde, al borde!

El tono era muy amenazante, y el conductor dobló lentamente hacia la barricada y lo estacionó ahí.

Estuve una hora recorriendo sin rumbo la ciudad, viendo por todas partes esos enjambres de